Miguel Soler Roca

JULIO CASTRO, PERSONA BUSCADA

A SEGUIR BUSCANDO

Palabras pronunciadas en el acto de homenaje a Julio Castro realizado en el Paraninfo de la Universidad de la República, Montevideo, 28 de agosto de 1987.

JULIO CASTRO

PERSONA BUSCADA A SEGUIR BUSCANDO

Siento sobre mí la difícil y honrosa responsabilidad de/ dirigirles la palabra por haber sido escogido, junto a Marta Demarchi y a Dahad Sfeir, para recordar esta tarde a Julio/ Castro, a nuestro Julio, desaparecido, hace ahora diez años. "Persona buscada", dijeron entonces. "Persona a seguir bus-/ cando", digamos ahora.

La vida de este amigo querido se fue extinguiendo en mi esperanza, allá, en una tierra distinta y extraña, y en la// esperanza de sus familiares, en la de muchos de ustedes, si- lenciados aquí por la fuerza mas llenos de voces subterrá-// neas y solidarias, en la de muchos compatriotas que el exi-/ lio había regado por paisajes anchos y ajenos, en la de mu-/ chos hombres y mujeres, a los que Julio consideraba sus her- manos de la patria grande, la patria latinoamericana de la/ desventura, la rebelión y la promesa.

En nombre de todos ellos tienen que ser dichas las pala- bras de esta tarde, en este paraninfo universitario donde // tantas veces se oyó su voz.

Difícil y forzoso es, y sólo la generosa indulgencia de/ ustedes me lo hace posible, hablar en primer término para y por tres seres, tenaces en la búsqueda y austeros en el do-/ lor ante la pérdida del esposo y del padre. Y luego hablar// en nombre del hermano mayor, de Carlos Quijano, quien dejó// este mandato: "Un día nosotros haremos justicia a Julio. Y / si el tiempo se nos va, otros lo harán por nosotros". Y ha-/ blar por muchos más: por los miles que fueron perseguidos // con saña en este país; por los maestros y periodistas que // aprendimos nuestros oficios en los limpios manantiales de // Julio; por los que fuimos sus compañeros en tantas reuniones técnicas y sindicales y por los que lo fueron en Marcha; por los niños del campo uruguayo, que tanto le deben, sin saber- lo; y por los niños de esta ciudad, en especial los que fue- ron sus alumnos.

Y por sus incontables amigos de América: los maestros mi
sioneros de México, que abrieron brechas que por mucho tiem-
po transitaremos, los educadores venezolanos, perseguidos //
por Pérez Jiménez, los guatemaltecos que a mediados de este/
siglo levantaron un edificio del que ya no queda nada, tan-/
tos han sido los terremotos; por los centenares de educado-/
res de toda América, que fuimos sus alumnos en Pátzcuaro, //
por los campesinos de Michoacán, por los alfabetizadores del
Ecuador, por los artesanos de Cuenca, los colonos de Milagro
y los indios de Pesillo y aun por los jóvenes maestros y pe-
riodistas mártires, caídos durante tantos años y ahora mismo
en Chile, en Paraguay, en El Salvador, en la nueva Nicara-//
gua, que accedió a su definitiva, digna e irrenunciable sobe
ranía cuando Julio ya no podía celebrarlo.

Y aun corresponde hablar por las múltiples instituciones
y pesonalidades, uruguayas y del exterior, de alcance nacio-
nal e internacional, que han adherido a este homenaje.

Son muchos, pues, los convocantes y los convocados a es-
te acto, que ha de ser de recuerdo del compañero caído, cla-
ro está, pero también de reafirmación, de unidad y de espe-/
ranza actuante, es decir, propio de Julio.

Y a estas dificultades, que ustedes bien perciben, se //
agrega, en mi caso, otra, surgida también de un mandato de/
Quijano. Al denunciar en México los asesinatos de Michelini/
y de Gutiérrez Ruiz, Quijano acotaba: "Pero estamos en gue-/
rra y somos militantes y creo que nuestra primera obligación
es borrar la nostalgia y la emoción". Condición difícil de /
cumplir, repito, en mi caso.

No deseo avanzar en ningún tipo de consideraciones acer-
ca de la personalidad de Julio sin declarar mi condena - y/
creo estar en el derecho de suponer la de toda persona nor-/
mal- ante ese hecho monstruoso que con un eufemismo llama-/

mos la "desaparición" de personas y que, en lenguaie llano,/ no es otra cosa que un crimen con ocultación del cuerpo de// la víctima y con la simétrica ocultación de las circunstan-/ cias de su muerte y de la identidad de los victimarios.

Vengo, pues, a este acto a protestar personalmente por// la muerte de Julio, a acusar a quienes ejercían el poder en este país en la nefasta década de los años setenta por la // institucionalización de las formas más abyectas del autorita rismo y por su silencio culposo de años y años ante el re-/ clamo nacional e internacional por la suerte de este amigo. Vengo, igualmente, a expresar mi dolor y preocupación por// la presencia en la sociedad uruguaya de criminales, tortura- dores, encubridores, embusteros e hipócritas, que surgieron/ en este país hace unos años y que se multiplicaron a un rit- mo que, para un educador, no deja de plantear angustiosos in terrogantes.

Vengo también a repetir a la compañera y a los hijos de Julio que en todos estos años les he acompañado -ellos lo// saben- con dolor auténtico; que he llorado a Julio por lo// mucho que le quería y debía y por lo importantes que fueron/ y son para mí, como para tantos y tantos compañeros, las co- sas que juntos logramos hacer. El día en que Carlos Quijano me llamó a París desde el México de su exilio para comunicar me la incierta suerte de Julio, comencé a transitar ese si-/ nuoso camino que va de la confianza en la supuesta raciona- lidad de lo humano hasta el advenimiento progresivo de un // duelo íntimo, pasando por meses de vaivén cotidiano entre es peranza y desesperanza.

En este proceso estuvieron hermanadas, en cruel aprendi- zaje, millares de familias rioplatenses para las que llega-/ ría, penetrándolas despacio pero ineluctablemente, la certe- za de la muerte de un ser querido.

Nos correspondió esperar mucho tiempo, por la fuerza de/ la tiranía armada, los días propicios a la investigación, el

esclarecimiento, la verdad y la justicia. El 22 de diciembre último se nos dijo que había habido un error; que todos ha-/ bíamos vivido equivocados, que lo que había parecido un apla zamiento era una cancelación definitiva, que las palabras // verdad y justicia quedaban suprimidas de nuestro vocabulario básico, aventadas por otras que sonaban a algo así como paci ficación, sosiego, perdón, olvido, silencio.

Las mujeres de este país primero y todos después se le-/ vantaron y dijeron: no, no viviremos a oscuras, los asesi-// nos no quedarán impunes, impondremos, con la fuerza de la // ley y de nuestro dolor, la justicia que se nos quiere negar.

Y bien, yo he venido también a sumar mi modesta voz a la de quienes no aceptan la impunidad como único cierre de tan/ doloroso período. Me niego a olvidar, me niego a perdonar. Nos negamos muchos, ya más de medio millón, y cada día so-// mos más. Nos negamos, claro está, por Julio, pero también// por todos los demás, por los hombres y mujeres maduros que/ cayeron, y por los jóvenes y por los adolescentes y por los/ niños, atropellados indiscriminadamente por la inhumanidad// organizada a escala del área de influencia del imperialismo. No admitimos convivir en la sociedad uruguaya ni en ninguna otra sociedad, bajo ninguna circunstancia, con el asesinato, la tortura, la violación, la desaparición, la cárcel como me dios de confrontación de ideas.

De modo que mi manera personal de honrar a Julio es pe-/ dir que su caso siga abierto hasta que los culpables de su// muerte y desaparición sean conocidos y debidamente juzgados.

Y puesto que el daño que padeció nuestro común amigo le fue inferido bajo un régimen militar, he venido a formular// votos, en este recinto de pensamiento, de ciencia y de huma- nismo, por el día en que nuestro planeta haya abolido todos/ los ejércitos y todas las armas, por el día en que la violen cia entre hermanos haya desaparecido, aun en sus más suti-/ les y solapadas formas, por el día en que en este país nadie

pueda derimir las cuestiones públicas apretando el gatillo. Mientras existan gatillos y dedos en disposición de apretarlos, los que nos ocupamos de educación deberemos cuestionar/ implacablemente nuestro trabajo, hasta lograr el desarme de las manos y de las mentes. ¿Es éste un sueño? Claro que // sí, pero ¿qué función más alta cabe a la educación que la/ de sembrar sueños y cultivarlos, paciente y amorosamente, en perspectiva de siglos si es preciso, hasta su fructifica- // ción?

Dicho esto, que sentía el imperativo moral de expresar// públicamente, digamos quién y cómo fue Julio Castro. Digámoslo en especial a los jóvenes, a quienes sé preocupados por// la construcción de su futuro, tarea imposible sin la comprensión del pasado y sin una cierta curiosidad por quienes lo// protagonizaron.

Nació en Estación La Cruz, Departamento de Florida, en// 1908. Fue alumno de escuela rural. Ya en Montevideo, estudió magisterio; fue maestro de primer grado en 1927 y de segundo grado en 1932. Consideraba que estos niveles de formación, / llamados de primero y segundo grados, eran impropios del desarrollo alcanzado por la educación primaria nacional, por lo que propuso su reemplazo por fórmulas mucho más racionales.

Fue maestro de curso, director de escuela común y de // práctica, subinspector de enseñanza primaria, inspector departamental de Montevideo, profesor de filosofía de la educación y de metodología en los Institutos Normales, conferenciante sobre temas pedagógicos y sociales. Sindicalmente militó en la Unión Nacional del Magisterio, en la Federación// de Asociaciones Magisteriales del Uruguay y, a partir de // 1945, en la Federación Uruguaya del Magisterio, entidad unitaria gremial que contribuyó a crear. Representó a los sindicatos de docentes en reuniones gremiales continentales, en

Chile y en México.

Fue autor de un conjunto de obras sobre temas educacionales, algunas de las cuales merecieron primeros premios en // los concursos anuales de pedagogía convocados por el Ministerio de Instrucción Pública. Sus títulos y fechas de publicación son: en 1940, "El Analfabetismo"; en 1941, "Los programas escolares vigentes; modificaciones que podrían introdu-/ cirse en ellos"; en 1942, "El banco fijo y la mesa colecti-/ va; vieja y nueva educación"; en 1944, "La escuela rural en el Uruguay".

La revistas "Anales de Instrucción Primaria", publicada/ por el Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, la "Revista// de la Educación del Pueblo", dirigida por Selmar Balbi, "Educación", de la Federación Uruguaya del Magisterio, "Supera-/ ción", editada por los Institutos Normales, "Rumbo", a cargo del Instituto Cooperativo de Educación Rural e, incluso // después de su desaparición, "Punto 21", del CIEP, dieron difusión a artículos de Julio sobre formación de educadores,// la cuestión religiosa en la escuela, las relaciones entre la educación y la independencia nacional, los problemas de la// escuela rural. Forman parte también de su bibliografía nacional un trabajo sobre "Coordinación entre Primaria y Secundaria", la transcripción de dos conferencias suyas de 1948 bajo el título "Cómo viven 'los de abajo' en los países de // América Latina", la versión de clases dictadas en los VII // Cursos Internacionales de Verano de la Universidad de 1964// y, siempre con referencia al Uruguay, el capítulo "Tenen-// cia de la tierra y Reforma Agraria" incluído en la obra co-/ lectiva "Reformas Agrarias en América Latina", editada en// 1965 por el Fondo de Cultura Económica.

El valor científico y humano de esta vasta producción, / difícilmente asequible al lector de hoy, llevó a un grupo// de sus amigos a elaborar una breve antología pedagógica de / Julio, prologada por Hugo Alfaro, que acaba de ser publicada por Ediciones de la Banda Oriental con el título "Julio Cas- tro, educador de pueblos". En ella, Yolanda Vallarino presen

ta las ideas pedagógicas generales de Julio, Abner Prada las que tienen que ver con su contribución a la educación en las zonas rurales; Ubaldo Rodríguez Varela nos habla del apoyo// brindado por Julio a las cuestiones educacionales desde su// puesto de periodista y yo comento su aporte a la lucha contra el analfabetismo en Uruguay y en América Latina. Cuadernos de Marcha, por su parte, incluye en su entrega de este// mes el artículo "Julio Castro, educador", de Arturo Ardao.

Su origen campesino y su preocupación por los problemas/ de la economía y la sociedad agrarias llevaron a Julio, por/ un lado, a mantener su condición original de productor rural y, por otro, a militar en primera fila en el importante debate que tuvo lugar en el país en las décadas de los años cuarenta y cincuenta en torno a los problemas de la escuela rural. Correspondió a Julio orientar la primera misión pedagógica realizada en Caraguatá en 1945, acción pionera que sacudió, por el dramatismo de su testimonio, la conciencia de la Capital con motivo de los actos públicos que se realizaron// con posterioridad y de la serie de artículos que Julio publicó en Marcha, en dolorido tono de denuncia y de llamado, que no fue oído. Mucho recomiendo a los jóvenes, estén o no entregados a la labor educacional, la lectura de algunos de estos artículos, incluídos en el número 7 de Cuadernos de Marcha de diciembre de 1985.

Julio participó activa y magistralmente en la Concentración de Maestros realizada en Tacuarembó en 1944 y en los // Congresos sobre escuela rural convocados por las organiza-/ ciones magisteriales en 1944 y en 1945. A partir de 1948, se propone pasar de la controversia pública a la acción y logra que el Consejo de Enseñanza Primaria convoque el Congreso// de Maestros de Escuelas Rurales y Granjas, celebrado en Pi-/ riápolis en 1949, como resultado del cual se procede a la // elaboración y aprobación, ese mismo año, de un nuevo programa para las escuelas rurales, que ha tenido ya muy larga vida. Sin Julio, no hubieran sido posibles esos pasos vigoro-/ sos en la pedagogía nacional, que se mencionan en escasos se

gundos pero que consumieron años de nuestras vidas, en la // ilusión, en la creación y en la alegría. Lo que Agustín Fe-/ rreiro había iniciado en esta etapa de importantes reflexiones y reformas, lo continuó un equipo, cada vez más amplio y más joven, en el que Julio desempeñó un papel fundamental.

Quienes estén interesados en profundizar el conocimiento de estos hechos, pueden leer la obra de recientísima publica ción "Dos décadas en la historia de la escuela uruguaya; el testimonio de los protagonistas", que once educadores hemos/ redactado, como homenaje a Julio y para información de los// maestros jóvenes.

Muy temprano Julio comenzó a recorrer los caminos de // América, "esa América Latina -dice Hugo Alfaro- que era co mo el jardín del fondo de su casa". No creo estar en condi-/ ciones de dar cuenta completa de su extenso itinerario ameri cano. En 1943 asiste en Chile a una reunión sindical de educadores del continente; varias veces, a partir de 1946, estu vo en Venezuela donde tiene entrañables amigos. Ese mismo // año 46 visita Costa Rica, a la que regresa en 1948 para en-/ trevistar a José Figueres. En 1948, también, participa en Mé xico en el Congreso Nacional de Escuela Rural, en el que se/ le invita a colaborar en la redacción del informe final. Ese mismo año emprende un largo viaje por Bolivia, Perú, // Ecuador, Colombia, Panamá, Costa Rica, Honduras, Guatemala// y, como se ha dicho, México. De regreso, invitado por la Aso ciación de Bancarios del Uruguay, dicta dos conferencias,// que son publicadas en 1949 con el ya mencionado título de // "Cómo viven 'los de abajo' en los países de América Latina". La expresión 'los de abajo' corresponde al título de una de las novelas de Mariano Azuela, quien fue médico en el ejérci to revolucionario de Pancho Villa. En 1961 Julio es invitado como consultor por el Ministerio de Educación de Venezuela.

En setiembre de 1964 tiene lugar en México la Asamblea// Mundial de Educación, organizada por la Academia Mexicana de la Educación y por la Liga Internacional de la Enseñanza, la

Educación y la Cultura Popular, asistiendo 36 países y numerosos organismos internacionales. Me excuso por entrar en algunos detalles de esta actuación, poco conocida, de Julio. Colaboró en su organización como delegado regional para Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Presidió la segunda comisión, que se ocupó del tema "problemas de la educación en América Latina". El informe final de la reunión, publicado más tarde por la revista "Problemas Educativos de México", incluye esta constancia: "En esta ocasión se debe reconocer ampliamente la desinteresada, cordial, inteligente y por demás certera ayuda de los maestros Julio y Zaira Castro, de Uruguay, de Juan Pablo Sainz y José María Campos Alatorre, quienes con el director de la revista recopilaron, revisaron y seleccionaron los materiales que aparecen en este número extraordinario".

Concluída la Asamblea, la Academia organizó ciclos de conferencias en el interior de México. Jesualdo Sosa y Julio Castro fueron a Chihuahua, Ciudad Juárez, Saltillo y Monterrey. Julio va también a Oaxaca y al año siguiente, en 1965, colabora en un curso de planeación educativa de alto nivel, que tiene lugar en Veracruz, y dicta conferencias en Guadalajara y Lagos de Moreno. Era México para Julio -puedo decirlo por haber vivido durante dos años muy cerca de él en ese país- una tierra apasionante, síntesis de todas las contradicciones y posibilidades de América; era, sobre todo, tierra de amigos muy próximos por el afecto y por su combate, que fue siempre el de Julio, en favor de una educación y una cultura populares.

Tres veces estuvo Julio en Cuba. De la primera visita, en 1946, dijo: "Muy pronto el visitante que no iba sólo a divertirse, encontraba la realidad del país: privilegios irritantes, sordidez, ignorancia, miseria; la isla de tierras feraces importaba todo; producía caña y tabaco y ésas eran sus fuentes de divisas; no tenía fábricas; ¿para qué intalarlas si a noventa y cinco millas, en otro país, había todo?". Vuelve en 1961, el año de la campaña de alfabetización. "Se

intentaba -dice Julio- en medio de la euforia reinante, cu
brir déficit heredados del sistema anterior. Fidel había pro
metido en las Naciones Unidas liquidar el analfabetismo en /
un año y la población entera se había volcado a esa tarea".
En 1970 Julio regresa a Cuba, como integrante de la delega-/
ción de la Unesco a un seminario sobre educación permanente.
Cuando a principios de 1971 hace la crónica de este viaje en
Marcha, concluye así: "Cuba, como lo quería el Che, se ha //
convertido en una inmensa escuela".

Un año más tarde viajaría a Chile, para asistir a otra//
reunión sobre educación y para entrevistar al Presidente //
Allende.

Fue invitado por la Unesco a desempeñar en América Lati-
na funciones de docencia y asesoría en el campo educacional.
Entre 1952 y 1954 fue Subdirector del CREFAL, un centro crea
do por la Unesco y el Gobierno de México en Pátzcuaro, para/
la formación de educadores de comunidad. Allí me tocó en //
suerte ser su alumno como becario uruguayo de la Unesco. Cen
tenares de educadores, trabajadores de la salud, extensionis
tas, asistentes sociales, siguieron esos cursos, encontrando
en Julio no sólo al técnico competente y experimentado sino
a un compañero sano, comprensivo, profundamente humano y //
bien integrado a una pléyade de educadores mexicanos, pione-
ros de esa pedagogía de vocación comunitaria que emergió de
la Revolución Mexicana.

En 1966 la Unesco publica el informe "La alfabetización/
en el desarrollo económico del Perú" que había sido solicita
do a Julio como aporte al esfuerzo de aquel país por reducir
su tasa de 40 por ciento de analfabetismo. En ese informe //
Julio incluye estas frases: "Cuando en una comunidad campesi
na de la Sierra se enseña a leer y escribir a gentes que //
duermen en el suelo, comen poco y mal, tienen un solo vesti-
do que no pueden cambiar ni para lavarlo, habitan una choza/
miserable, usan arado de palo, viven aislados en lo alto de
las montañas, ¿se están atacando las carencias en un orden//
correcto de prioridades? El hecho de saber leer y escribir,/

¿modifica en algo la vida del campesino cuando las demás condiciones permanecen intocadas?"

Entre 1967 y 1970 la Unesco designa a Julio Consejero // Técnico Principal del Proyecto Piloto de Alfabetización de Adultos del Ecuador. Como siempre, trabaja, abre horizontes, hace amigos. Con su esposa y la mía recorrimos las áreas de trabajo del Proyecto, comprobando cuán grande era la estima/ en que se le tenía y el impacto que su vasta experiencia producía entre aquellos educadores ávidos de saberes, que elaboraban, paso a paso, con un Julio modesto y llano, nuevas // ideas, métodos y materiales. En otra ocasión he escrito y lo repito ahora: "Era Julio, para emplear el lenguaje interna-/ cional, un experto muy poco convencional, más bien un anti-experto, el único tipo de extranjero competente que un pue-/ blo de América podía entender, aceptar y querer".

Fue Julio también un gran periodista, asociado fielmente a la figura señera de Carlos Quijano y al navegar, necesario y trágico, del semanario Marcha. Durante casi medio siglo // analizó como periodista los problemas sociales del país, las condiciones de vida en el campo, las cuestiones educaciona-/ les y comentó, con humor, las peripecias de la cotidianei-// dad. Cuando a principios de los años sesenta las autoridades de la enseñanza primaria arrasaron lo más significativo que/ se había hecho en materia de educación rural, Julio salió como periodista a la palestra, defendiendo sus ideas, entonces ya compartidas por centenares de inspectores y maestros, y / apoyando, con indignado acento, obras fundamentales para el/ futuro de la juventud campesina uruguaya, que estaban siendo/ atacadas por gentes ensoberbecidas e ignorantes. Invito a // Abner Prada, que ha venido desde Colombia para asistir a este acto, a que le recordemos, el micrófono en la mano, en la noche del 15 de mayo de 1961, en plena calle, en 18 de Ju-/ lio y Agraciada, dirigiéndose a los pasantes de esta ciudad, todavía por entonces alegre y confiada. Explicó esa noche,/ con su magisterio claro y firme, qué importante era para el país que las instituciones educativas en el medio rural pu-/ dieran contribuir a preservar todos los derechos del niño, /

incluso el derecho a la alegría, y a ampliar el horizonte // cultural y tecnológico de la sociedad rural caracterizada, / entonces como hoy, por un terrible vacío de hombres, de// justicia y de previsiones de futuro.

El movimiento por una mejor escuela rural, agredido, sobrevivió por años, apoyando a los maestros desde el ICER, o sea el Instituto Cooperativo de Educación Rural, nacido de una asamblea de educadores realizada aquí, en este Paraninfo, a principios de ese año 61. Julio nos apoyó, escribiendo artículos, dando clases, participando en debates y, sobre todo, alentando a un valeroso equipo de educadores, llenos/ de generosidad y de saber, entre los que quisiera recordar,/ como vanguardia de muchos otros, a cuatro, bien queridos de Julio: Nelly Couñago, Yolanda Vallarino, Homero Grillo y // Enrique Brayer.

En sus últimos años Julio, ya retirado de la enseñanza,/ vivió con intensidad los problemas generales del país, contribuyendo, como ciudadano independiente, a la constitución/ de nuevas corrientes políticas. Se opuso con vigor desde las columnas de Marcha a las medidas que, en la declinación de los gobiernos constitucionales, marcaron la progresiva pérdida de las libertades. En 1974 pagó con dos meses de encarcelamiento en el Cilindro su oposición a la dictadura militar. No cedió. Ayudó a los perseguidos, mantuvo el contacto informativo con el exterior, adecuó sus destrezas de periodista// a nuevos métodos de comunicación. Se tuvo que hacer escurridizo para ser eficaz, él, que siempre había dado la cara.

Por sus cartas, algunas de ellas firmadas apenas con una jota, otras sin firma, y que había que contestar remitiendo/ la respuesta a nombres y direcciones que no eran los suyos,/ sabemos cuánto sufría esos años. Cartas no firmadas, pero inconfundiblemente suyas, siempre manuscritas, de letra pequeña y sin duda rápida, pero de construcción impecable. Y, entre paréntesis, también Zaira nos enviaría, poco después, // sus angustiadas cartas, con su caligrafía muy de maestra, //

firmadas con una rápida zeta, aconsejada por Brecht, que tanto sabía de persecuciones en tiempos difíciles: "¡Borra todas las huellas!"

Las cartas de Julio de esos últimos meses no sólo referían a los atropellos mayores a los derechos humanos sino a los múltiples aspectos en que la dictadura militar minaba lo mejor de nuestra sociedad en la vida afectiva, en la vida de relación, en la vida del espíritu. Leo en su carta del 25 de febrero de 1975, escrita con pulso tembloroso por las secuelas de su segundo derrame cerebral: "Lo demás igual. La agonía de los países es larga y nada anuncia, aún, un renacer" (...) "El correo, la enfermedad y la censura nos aislaron del resto del mundo" (...) "El clima nacional -agrega- es de angustia, tristeza e incertidumbre. Y eso se respira y, como el aire, entra en el cuerpo". El 25 de marzo de 1976 se expresaba así: "Nosotros bien. Queriendo ser útiles en esta debacle. Poco podemos hacer. Porque para la mayoría, todo se reduce a la lucha por el pan. (...) Hay colegas que no tienen qué comer. Hay otros que se quedan sin casa. Los más quieren irse, pero no saben a dónde ni a qué. Todo ocurrió el primer día de clase. La gente fue a trabajar, terminadas las vacaciones, y se encontraron, de golpe, expulsados de sus escuelas". Y un año más tarde, en enero de 1977, me decía: "Seguimos nosotros en lo nuestro; ayudando a quienes podemos ayudar. En medidas extremadamente limitadas, pero valiéndonos de amigos regados por ahí que, en general, han respondido muy bien. En el área de nuestras actividades, o que lo fueron en otros tiempos, el desastre es total. A un siglo de aquel que adorna con su efigie todas las aulas, su centenario resulta algo inenarrable".

Desde luego, no se conformó con lamentar los daños acumulados sobre nuestra República y su gente. Fue, hasta su detención el primero de agosto de 1977, un combatiente, consciente del riesgo que corría. Entre la fidelidad a los valores a cuyo servicio había vivido y la seguridad, optó por los primeros. En carta a Quijano del 19 de junio de 1976 le

decía: "... me duermo, todas las noches, sin saber si al amanecer me despertará el reloj o la policía. Y eso ya desde hace seis meses. Y así lo pasamos muchos aquí".

Hablando de cartas, tal vez pocas traduzcan tanto dolor// para el remitente como para el destinatario como la que les// leo, enviada también a Quijano el 7 de mayo de 1976: "Trataré de que Marcha quede con el nombre limpio; aunque es lo único/ que queda. Se llevaron el archivo. Van cuatro camiones. Destino final: hornos de incineración del municipio. Les queda por llevar dos camiones más. Alrededor de tres a cuatro mil kilos cada uno. He asistido personalmente, paciente y sufriente, al despojo. Amagaron con una selección; después se llevaron to-/ do".

Quienes suprimieron del dramático escenario nacional la// presencia acusadora de Julio identificaban en él, sin equivocarse, a un incómodo enemigo, dispuesto a resistir y a hacer/ más firme la resistencia de otros.

Honremos, pues, al combatiente, por haber caído en su lucha; y honrémosle no sólo por todo esto que supo hacer por su patria y por América, sino también por cómo lo hizo, por cómo era.

Ante todo, Julio era un hombre de una extraordinaria calidad humana. Por encima de todo, era un hombre bueno. Cuantos/ le conocimos, apreciamos en él su franqueza, su honradez intelectual, su trato directo y llano de los problemas y de los// hombres, su modestia, su resistencia a la figuración y a toda aparatosidad, su extraordinaria generosidad, de la que fui // personalmente beneficiario más de una vez, el desprendimiento con que se daba, en tiempo, en ideas, en atención a las dificultades de los demás. Era el hombre a quien acudir ante un / conflicto personal o ante un problema de interés nacional, // siempre cerca, abierto y disponible. Fue discreto consejero// de muchos, en el Uruguay y en América. Tenía el andar del baqueano.

Y al mismo tiempo, con qué goce compartía la vida del pue blo, de todos los pueblos que fue encontrando en su peregri-/ nar latinoamericano; qué capacidad para captar y para disfrutar la profunda riqueza de lo popular y hacerlo suyo y expandirlo, de tierra en tierra, con mil anécdotas. Escucharlo era siempre un placer.

Yo no les quiero demorar con mis propias narraciones. Apenas dos imágenes. Una de abril de 1974, cuando Prada y yo le fuimos a visitar al Cilindro y de lejos, en aquel feo co-/ rredor, gritó al vernos: "¡Hermanos!". Y otra, años antes, en noviembre de 1967, en Ecuador. Le veo en una fotografía, en// la alta Sierra andina, las manos en los bolsillos de los pantalones, un poco arrollado por el frío, pequeño ante el paisa je agresivo, con un porte un tanto chaplinesco, es decir, humano, tan de Chaplín, en esa humanidad sobria y tristona, como el humor que cultivaba en algunas de las páginas de Mar-// cha.

Fue Julio un hombre coherente consigo mismo. Nació en el campo, luchó por el campo, trabajó en el campo hasta su muerte, ayudó a la ciudad a comprender el campo uruguayo, contribuyó a que los maestros nos situáramos creadoramente en el // campo, alfabetizó y educó hombres y mujeres del campo.

Fue coherente en la integración de sus dos oficios fundamentales: su pedagogía, de excelente nivel teórico, penetraba fácilmente, alentada por su ágil estilo de periodista. Su periodismo fue, a su vez, una escuela abierta a todos. Fue tan coherente en esto que cuando en 1939 cobró el premio que le// correspondía por su obra sobre el analfabetismo, lo puso a // disposición de la recién nacida Marcha para la compra de má-/ quinas, es decir, para hacer posible esa otra alfabetización/ de segundo grado que tantos de nosotros necesitábamos.

Fue coherente en su visión del continente. Pocos como él guardaron tanta fidelidad a su país al proyectarse a América/ Latina. Desde la patria mayor mantenía siempre el contacto //

con su patria chica, enviando valiosas crónicas sobre lo que
ocurría más allá de fronteras. Y puso ese trabajo de esclare-
cimiento de lo nacional y lo regional bajo el signo, para él
irreductible y, a la vez, objetivamente lúcido, del antiimpe-
rialismo, ayudándonos, con hechos, con cifras, con retratos//
de la vida real, a comprender la gravitación de las fuerzas//
internacionales y en particular del imperialismo en los pro-/
blemas y en el destino del país y de América.

Fue, en fin, coherente en su forma de vivir y de morir.
Rilke decía: "a cada uno su propia muerte". Él la tuvo.

Debo evocar rápidamente algunos rasgos de su personalidad
de educador. María Orticochea, en carta de 1942, le decía: //
"Sabe usted cuánto aprecio su noble capacidad". Hizo bien la
maestra en asociar esas dos palabras. Fue la de Julio una/
pedagogía anclada en la realidad y para la realidad, con una
articulación muy sólida, como lo subraya Ardao, entre la teo-
ría y la práctica. Solía situar el hecho educativo en su con-
texto concreto; fue un pionero de la multidisciplinariedad en
materia educativa; él mismo era un hombre de múltiples disci-
plinas. Sus obras nos llevan a una reflexión sobre la tempora
lidad de la educación, sobre su escasa autonomía respecto a//
la historia y, al mismo tiempo, sobre sus posibilidades, bajo
determinadas circunstancias, de incidir en la evolución de//
las sociedades. Comprometido él mismo ante los hombres y sus/
problemas, nos propuso una pedagogía comprometida. fue el pri
mero que nos alertó sobre la fragilidad de la educación, so-/
bre el riesgo de que un sistema educacional, laboriosamente/
construído durante décadas, pudiera retroceder rápidamente,/
en su cobertura, en su filosofía, en su calidad, en su clima/
humano. No sabíamos que eso pudiera ocurrir -¡qué íbamos a//
saberlo, tan grande era nuestra fe!- y lo aprendimos, con do
lor y con rabia. Ante tiempos tan adversos, Julio siguió sien
do maestro, aun en la cárcel. Cuenta Alfaro que, estando en//
el Cilindro, Julio se las ingenió para convertirse en el coci
nero de los detenidos. "Sin abandonar -dice Alfaro- el cu-/
charón de la sopa gigantesca, daba, como charlando, clases de

política internacional a propósito de lo que estuviera ocu-// rriendo en América: las próximas elecciones venezolanas o el último cuartelazo de Bolivia. Todo clarito, y la sopa espesa".

Quisiera destacar, para concluir esta parte, la indiscuti ble actualidad del pensamiento y de la obra de Julio. Lamen-/ tándolo, naturalmente, por el país. Mucho más grato me sería/ poder decirles que el Uruguay que él describía en los años // cuarenta ya ha dejado de existir. No quisiera cansarlos con// estadísticas: entre aquellos años y hoy el latifundio ha au-/ mentado su cobertura espacial y, cada vez más, se extranjeri- za; la matrícula de las escuelas rurales ha perdido más de // veinte mil alumnos, mientras los tugurios de Montevideo y // otras ciudades han crecido inconteniblemente; el niño indigen te de Caraguatá, que tanto impactó a los misioneros de 1945,/ está ahora en las puertas de Montevideo. La sociedad no supo, en más de cuarenta años, ofrecerles nada en aquel abierto pai saje; lo que le ofrece hoy para hacer frente en la urbe a esta nueva forma de marginalidad parece notoriamente insuficiente. No hablemos de la reducción deliberada que han sufrido los // presupuestos dedicados a sostener la educación, ni el creci-/ miento de la deuda externa, que pesa cruelmente sobre el des- tino de todo niño uruguayo.

Julio es actual porque la sociedad uruguaya ha omitido, / durante decenios, abordar con valor solidario algunos de sus problemas fundamentales. Leo en uno de sus cáusticos artícu-/ los: "Aquí vivimos en un mundo de merengue: batimos y rebati- mos claras de huevo y azúcar. Cuando hemos llegado a solucio- nes, ellas son espuma. Y como espuma que son, sirven sólo de adorno o se pierden en la nada. Con los rancheríos, con la re forma agraria, con los desalojos rurales, con los créditos // agrícolas, ha pasado y pasará lo mismo. (...) Hablamos de un problema y lo damos por resuelto. Pero en los hechos, en lo// concreto: NO HACEMOS NADA". Y Julio pone letras mayúsculas a esta frase: no hacemos nada, escrita en 1945, hace ya 42 años.

¿Era Julio un pesimista? A veces me he inclinado a pensar lo, ante algunas de sus cartas terribles. Por lo menos en el/

corto plazo. Pero, como de sus derrames cerebrales, él mismo reaccionaba pronto, en una apuesta con la vida. El 9 de se-/tiembre de 1955, luego de un amargo análisis de la realidad/ nacional y educativa, me escribía: "El día en que la tierra/ se nutra con mis huesos, (...) se podrá decir de mí lo que/ aquel comisario de Treinta y Tres declaraba en un parte policial respecto de una mujer asesinada: la pobrecita se ve que estaba barriendo, porque murió con la escoba en la mano". En un artículo publicado en "Rumbo", la revista del ICER, en // 1966, decía a los maestros: "El andar del tiempo hacia la liberación de los pueblos es constante y es, además, irreversible". Y diez años más tarde, en 1976, en tiempos más duros// todavía, escribía a Quijano: "Esto durará, pero se acabará. Aunque yo no lo vea".

No, Julio Castro no incluía entre sus humanos defectos// el de llevar a nadie al pesimismo. Los jóvenes que me escu-/chan pueden estar tranquilos: les he hablado de un hombre // que creyó profundamente en la juventud, que la amó y alentó/ con sincera confianza, que trabajó con fe en el futuro de esta tierra joven. Nadie podrá decir que conoció a Julio vie-/jo, cansado o vencido. Nos transmitió rigor, exigencia, la / necesidad de mirar la realidad de frente, la obligación de ver el mundo a través de los ojos de los más humildes, el deber de trabajar por éstos y por todos, con la confianza del campesino uruguayo que, extraviado en la noche, se orienta// levantando los ojos a la lejana Cruz del Sur.

Quisiera hacer, para concluir, unas reflexiones e inclu-so una propuesta.

Toda sociedad establece un ceremonial para acompañar a / sus miembros en su ciclo vital y para rodearlos de solidaria afección en los momentos críticos, como lo son el nacimien-/to, el advenimiento de la mayoría de edad, la constitución// de la pareja, la reproducción, la muerte.

La desaparición física de algunos miembros de estas socie dades contemporáneas, la sustracción del cuerpo de la vícti-/ ma, plantean una situación para la que nadie estuvo preparado en este país.

Quebrantando las prácticas establecidas, el desaparecido/ es mantenido estadísticamente en el mundo de los vivos sin // que se le permita ingresar en el de los muertos. En socieda-/ des en que no se puede vivir sin documentos, el desaparecido/ se va convirtiendo en un indocumentado. Es urgente interrum-/ pir este maleficio, movilizar las voluntades, desempolvar las leyes y lograr que las flores cultivadas durante la espera// reposen, al fin, sobre la losa que les corresponde. Pero mien tras esas acciones reparadoras llegan, ¿por qué no edificamos un nuevo ceremonial, materializando, en el bien y en la espe-ranza, el derecho y el deber de honrar a los muertos?

Les propongo, pues, una doble línea de acción: por un la-do, insistamos -y el pueblo uruguayo lo está haciendo con // unidad y valor- en la búsqueda de la verdad y en la vigencia de la justicia; por otro, honremos a las víctimas de la dicta dura, quebrando el silencio, venciendo el olvido, abriendo // cauces concretos para que vuelvan a estar entre nosotros.

Mientras logramos reencontrarnos con sus cuerpos, creémos les espacios espirituales, para que nos sigan acompañando, // con la alta autoridad que les confiere su condición de márti-res.

Respecto a Julio, esto ya se ha estado haciendo: una bi-/ blioteca sindical lleva su nombre, una escuela pública ha de denominarse pronto "Maestro Julio Castro", libros y revistas/ son editados en su homenaje. Bien está. Como decía Martí, // honrar honra. Me pregunto si no debemos ir más lejos aún. Yo les invito a unos instantes de reflexión sobre un grave pro-/ blema de la sociedad uruguaya de hoy, determinante del tipo// de sociedad que tendremos mañana.

Múltiples evidencias llevan a poder sostener que una ele-

vada proporción de niños se encuentran entre las víctimas más sacrificadas de los regímenes que se han estado sucediendo// en el poder en los últimos años. Sigamos a Julio, en sus métodos de trabajo. ¿Qué haría Julio ante la situación de emer-/ gencia en que se encuentra un cuarto de millón de nuestros niños?

Seguramente, comenzaría por el estudio y presentación de los hechos, por ver y hacer ver la realidad tal cual ella es, la realidad global, en primer término, y luego, las inciden-/ cias de esa realidad sobre la vida de los niños. Sobre la vida y también sobre la muerte, claro está. Nos recordaría los principios sobre los que habíamos estado de acuerdo, contenidos en la Declaración universal de los derechos humanos de/ 1948, en la Declaración de los derechos del niño de 1959, en los artículos pertinentes de nuestra Constitución y en ese// documento, pionero y ambicioso, nuestro Código del Niño, aprobado hace ya 53 años!

Sin duda Julio no se conformaría con ponernos delante del drama, exponiéndolo estadística y jurídicamente. Saldría a // buscar al niño. Volvería a su pueblo natal para contarnos en qué estado lo encuentra; en Caraguatá compararía los niños de hoy con aquellos que vio en el invierno de 1945; visitaría// escuelas rurales; a unas cuantas las encontraría cerradas,// por no ser presupuestalmente "rentables"; de otras tal vez dijera que están muy lejos de ser como él nos las propuso, hace casi medio siglo.

No se olvidaría Julio de los niños del suburbio urbano y se alarmaría y nos alarmaría y subrayaría la gravedad del hecho de que no existan políticas, programas y metodologías para proteger a niños y adolescentes en situación de tan alto// riesgo.

Hasta puedo imaginarlo, subido una madrugada a uno de // esos carritos basureros y entrevistar al niño auriga, desde/ el centro hasta el suburbio. Y contarnos, más que su miseria,

su resistencia, su madurez de proletario prematuro, su seguro
protagonismo en el desconocido Uruguay del Siglo XXI.

Y para terminar, nos convocaría, seguramente, a la ac- //
ción, diciéndonos: no bastan las acciones meritorias aunque//
fragmentarias, débiles e inconexas que se han emprendido; es
hora de unirnos para echar a andar un programa nacional y po
pular de defensa del niño vulnerado y vulnerable. Nada es tan
urgente como detener lo antes posible los enormes daños que//
afectan a nuestros niños. De aquí en adelante, la reconstruc-
ción de este país, que fue motivo de orgullo para nosotros y
de admiración para los extraños, pasa por la defensa del me-/
nor, primera e indiscutible prioridad nacional, asumida en /
primer término por el pueblo. Todo merece ser postergado mien
tras quede un niño que carezca de alimentos, de servicios de
salud, de educación, de techo y de abrigo, mientras quede un
niño que dude de que la sociedad entera se interesa, al mar-/
gen de nuestras infinitas querellas de adultos, por su desti
no. Y ello, naturalmente, sin que renunciemos a otro tipo de
cambios que hagan imposible la recaída en esta tan grande in-
justicia.

¿Puede, quiere el pueblo uruguayo aceptar esta interpreta
ción de la vida y de la obra de Julio, de la vida y de la //
muerte de los mártires nacionales? La palabra la tenemos to-
dos, porque ésta es cosa de todos.

Sigamos honrando, con el recuerdo y con la acción, a nues
tros muertos. Si aceptamos los retos que nos plantea la histo
ria, si somos capaces de cerrar filas en torno a objetivos de
cumplimiento inexcusable, como éste que, en nombre del Julio
militante de siempre, me he permitido plantearles, sentiremos
que los desaparecidos no nos abandonaron del todo, que su sa-
crificio no fue vano.